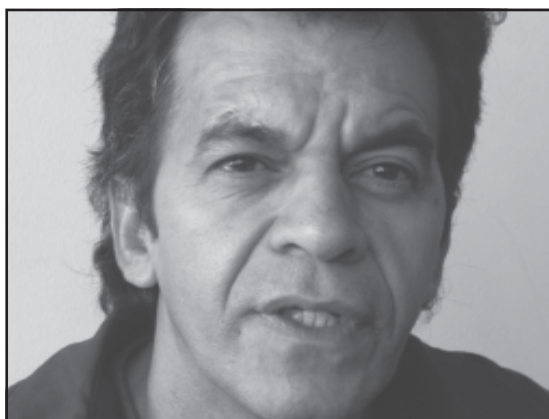


De los buenos oficios de la poesía

Juan Antonio Malaver
Docente
Departamento de Humanidades y Letras
Universidad Central



Juan Antonio Malaver

Para este panel hablaré de la poesía, de su proceso en mi propia experiencia, que debe ser de alguna forma, particular. De manera insistente, a los 16 años, empecé a notar que quería escribir, que no me bastaba leer. Lo tenía ya tan claro a los 20 años, que estuve a una hora del mar y me devolví de manera rotunda con una afirmación: «no quiero conocer el mar porque no estoy preparado para escribir acerca de él».

Solo a mis 43 años iría a conocerlo gracias a un tercer lugar a nivel nacional en el concurso de la Universidad Tecnológica de Bolívar. Creí que llegaría a un hotel, dejaría la maleta, sacaría una libreta, un lapicero, caminaría, me sentaría relajado frente a él para escribir. La sorpresa la dio el avión, al dejar ver un par de ciénagas y al fondo un color verde aceituna, irrepetible. Qué haría, la libreta estaba en la maleta, entonces recurrí a mi memoria, a la sensación que me impactó y a mis ojos, cuestión que después se traduciría en «*La tierra tiene una barba espesa de tres días/ y un gran comensal ha derramado su café sobre la mesa/ todo par hacer un par de ciénagas (...)*».



Quiero detenerme en este acto:

Tuvieron que pasar 16 años para que madurara la idea de querer ser escritor, siete años más para tenerlo claro, 43 para estar frente al objeto amado y sobre el cual quería hacer parte de mi cartografía literaria, -con toda la propiedad que el interior me exigía de manera responsable-.

Entre el descubrimiento de la tendencia literaria, 16 años y el llegar a escribir mi primer buen verso pasaron 18 años. Es decir, sólo hace once años estoy escribiendo. ¿Qué ocurrió en todo ese tiempo? Viví, di las vueltas que tenía que dar por la literatura y por la vida para madurar ese fermento que me habitaba.

Si a los 16 releía el Zaratustra, y me daba fuerzas para vivir una vida que no tenía pies ni cabeza, sólo en el 98 empezaría un poema con lo siguiente: «*De arriba vino el odio y no supe qué decirle*». A los 16 ya tenía la lectura, luego le mezclaría, tanto la cristiandad como el: Dios ha muerto. En esa ruta que une esos dos tiempos está el proceso de creación y está parte de explicación del mismo. Yo diría que crear es pensar, es repensar, es filtro, es vida, es recorrido, es viaje, retorno y movimiento de dedos: tachones y palabras que producen al juntarse algo afín o raro, dos enemigos semánticos que se juntan.

Preguntarán por qué tanto tiempo para hacer algo y yo les contestaría: «es que el destino del hombre y los ojos son distintos». Y les añadiría, «es que regresé a la academia, y ese era el uranio que necesitaba para levantar vuelo al pesado cohete de las pesadas palabras que sólo a través de la poesía se vuelven livianas». Necesitaba disciplina, conciencia de escritura y otros oídos para mostrarles lo que pensaba, desde allí, desde el fondo del barril de la soledad.

El taller lo llevaba por dentro

Podría decir que todo este tiempo me habitó un taller que se transformó, que fue necesario volver obsesión una idea, que había que hacer crecer el callo del escritor frente a la hoja, y a unas palabras indomables como potros llaneros.

Con esto quiero decir que, aunque no hice jamás ningún taller, el taller era yo mismo, era el empeño, era el aprender a pensar y hablar con ojos de alguien que se empeñaba en ser poeta. Era mirar distinto lo que todos veían normalmente.

Y a esto le sumaría un testimonio que ya me antecedía, aún antes de volar sobre la existencia. Un cierto génesis:

«Cuando me casé me llevé mis libros y me la pasaba repitiendo trozos de poemas y tenía dichos y palabras que adornaban el lenguaje, allí en mi nuevo hogar, en las nuevas conversaciones. Pero a los pocos meses de casada mi marido, un día hizo una pila con mis libros y los quemó sin decir una palabra. Quizá él estaba harto de vivir con alguien que no tomaba la mezcla de la vida con el mismo palustre de sus palabras.

➤ Dossier ➤

Entonces me puse a llorar, me metí debajo de las cobijas y pronuncié en voz baja todas las groserías que sabía o que había escuchado. Y le pedí a Dios que ya que no podía ser poeta me diera un hijo que lo fuera».

Palabras que mi madre me dijo hace un par de años, en que me felicitaba por alguna mención o premio, que la hacía sentir orgullosa.

No piensen por eso que tengo por padre a un monstruo, es un hombre bueno y hermosamente pobre.

Un día le di mi primer libro a mi madre, a los pocos días le pregunté que si ya lo había leído todo, y me dijo que no, porque cuando leía sólo podía leer dos o tres poemas, que el llanto no la dejaba continuar.

A mi padre le pregunté después que cómo le parecía el libro y me dijo que no lo entendía, que se lo explicara, entonces me senté a leerle de dos o tres libros, poemas que le había dedicado. La técnica era, leía un verso y se lo explicaba.

Entre ellos dos había una diferencia, mi madre siempre leía y mi padre a duras penas leía el *Tiempo* y se malformaba. Ambos son buenos. Quizá de manera irónica le he escrito más poemas a mi padre.

Hoy en día recuerdo mi imposibilidad de escribir poesía y recuerdo hojas y hojas, sueño, versos y versos, poemas y poemas para hacer uno digno de mi paladar. Diría que la creación es trabajo y un corto descanso para llenar los ojos y el filtro que hoy ya llevan ellos.

Un día le preguntaron a una de mis hijas, que qué hacía su padre y ella les contestó que escribía y escribía en un computador viejo, que sacaba y sacaba hojas de una máquina.

La creación es tiempo, es no dormir cuando los otros duermen, es sufrir el poema como si le hubiese pasado a uno. La creación ahora es para mí un apetito insaciable que exige comida y cuando no se trabaja para ello se siente uno sinvergüenza, desocupado, inútil, muerto en vida. La creación es la vida del escritor y la espada que lucha contra su muerte... **hU**